

## 4. Historia y ciencias sociales: América Latina

**Trinidad Barrera (ed.): *Herencia cultural de España en América. Siglos XVII y XVIII.* Madrid/Frankfurt/M.: Iberoamericana/Vervuert (Biblioteca Indiana, 14) 2008. 294 páginas.**

Según afirma Trinidad Barrera, los trabajos incluidos en el presente volumen son producto del Proyecto de Investigación de Excelencia que ella misma coordina con el título de *Herencia cultural de España y América. Poetas y cronistas andaluces en el Nuevo Mundo. Siglos XVI, XVII y XVIII.* Además, añade, éste es el segundo volumen publicado en este marco. El primero fue editado en el año 2007 y cronológicamente delimitado en torno al siglo XVI. En este segundo se incluyen 13 ensayos. Barrera señala que el objetivo en este caso es analizar personajes históricos de origen andaluz que hicieron su labor cronística o poética en América durante los siglos XVII y XVIII.

Como es normal en este tipo de publicaciones colectivas, también en este caso hay una significativa diferencia en la calidad de los ensayos incluidos, cuyos contenidos van desde la mera descripción a la sobresaliente interpretación. Por otra parte, las perspectivas introducidas por los autores divergen, pues mientras unos introducen una biografía básica del personaje central de su ensayo, otros lo dan por sabido y pasan de largo. En otras palabras, mientras unos se dirigen a una audiencia con conocimientos básicos sobre la materia, otros escriben para una audiencia especializada. Pero, sin duda, el mayor problema de la obra es que a pesar del esfuerzo de la editora en definir el objetivo de la misma, no todos los colaboradores lo tienen presente, lo que provoca una patente falta de articulación en sus conte-

nidos. El caso más evidente es el de Eduardo Hopkins Rodríguez, quien invierte totalmente la visión expresada por la editora en la introducción al analizar la *Florida del Inca* de Garcilaso de la Vega, es decir, al estudiar la obra de un hombre de cultura nacido en América escribiendo desde tierras andaluzas. Hay otros cuatro ensayos que tampoco siguen la línea marcada por Trinidad Barrera. Uno de ellos es el firmado por Julián González-Barrera sobre la trilogía de comedias genealógicas que sobre los Pizarro –Francisco, Gonzalo y Hernando respectivamente– escribió Tirso de Molina. Martha Barriga Tello analiza la imagen de Lima y de los limeños a lo largo del siglo XVIII a través del análisis de diversos textos publicados en la mencionada centuria. Gema Areta Mari-gó analiza los vínculos existentes entre las obras de Alonso de Santa Cruz, nacido en Sevilla en 1505 y muerto en Madrid en 1567, y la de Diego Andrés de Rocha, nacido en Sevilla alrededor de 1615 y muerto en Lima sin que sepamos cuándo. Y finalmente, Consuelo Varela se interesa por el tratamiento dado por el sevillano Diego Ortiz de Zúñiga a todo lo relacionado con los territorios americanos en su crónica histórica de la ciudad de Sevilla publicada en el siglo XVII.

Entre los demás, tres de los trabajos se centran en el análisis de autores y obras del siglo XVIII. María Caballero estudia el *Diario de observaciones* que José Celestino Mutis escribió durante su viaje a territorios americanos, y fundamentalmente durante su estancia en Colombia. Virginia Gil Amate realiza un pormenorizado estudio de *Tardes americanas*, la importantísima obra escrita por el franciscano malagueño José Joaquín Granados y Gálvez. Y finalmente, Trinidad Barrera se re-

fiere a la exploración realizada por Antonio de Viedma a la Patagonia en 1780 y a la fundación de la colonia de San Julián a través del análisis del diario que el propio Viedma escribió.

El resto, cinco trabajos en total, se enmarcan cronológicamente en el siglo XVII. Ignacio Arellano se pregunta sobre el “criollismo” del poeta de origen andaluz Juan del Valle Caviedes que vivió la mayor parte de su vida en el virreinato del Perú. Por su parte, Beatriz Barrera trata de contextualizar histórica y literariamente la obra e ideas del poeta peruano de origen andaluz Diego Dávalos. Los otros tres tratan de obras escritas en el siglo XVII por otros tantos destacados religiosos. Así, Catalina Quesada Gómez estudia lo que ella misma denomina uno de los poemas religioso-épicos más importantes del Barroco, *La Cristiada*, escrito por Diego de Hojeda, que fue prior dominico en Cuzco y Lima. Salvador Bernabéu Albert analiza la obra de Andrés Pérez de Ribas, provincial de la Compañía de Jesús en la Nueva España entre 1648 y 1651. En ella, este jesuita cordobés escribió sobre la historia de la orden en el noroeste de México entre 1590 y 1645. Y por último, José Manuel Camacho Delgado analiza la obra del fraile dominico Diego Rocha sobre el origen de la población nativa en América.

*Juan Carlos Sola Corbacho*

**Marianne Braig/Anne Hufschmid: *Los poderes de lo público. Debates, espacios y actores en América Latina*. Madrid/Frankfurt/M.: Iberoamericana/Vervuert 2009. 424 páginas.**

Origen y espacio compartido, las sociedades latinoamericanas reciben con frecuencia un análisis conformado por

conceptos globalizadores, formulados como frutos del estudio de distintas sociedades, por antonomasia, europeas. Es así que, como ejemplo, durante el estudio de las dinámicas del desarrollo de la arena pública latinoamericana, se supedita este campo bajo el concepto habermasiano de la *Öffentlichkeit*, al cual investigadores reclaman cierto desfase, denunciando una tendencia hacia el análisis sumario. Por ende, son ya varios quienes, al buscar una emancipación intelectual, proponen igualmente la adecuación de ciertas máximas para el contexto latinoamericano.

Con *Los poderes de lo público*, Marianne Braig y Anne Hufschmid destinan a este debate un trabajo heteróclito, cualidad que fortalece el estudio sobre el concepto errabundo de “lo público”. En efecto, éste es abordado desde múltiples perspectivas que se aproximan: ya sea a través de la descripción del fenómeno de la segregación en Buenos Aires, consumada a través del acaparamiento del espacio urbano (hecho que podría sonar familiar a no importa qué lector latinoamericano); o en la pandémica violencia de género que llega hasta la isla de Cuba; o en la reseña detallada del teatro político en sesión electoral en México. Lugares comunes: de un ensayo a otro, el corolario es definir y diferenciar el campo estudiado, teorizarlo y permitir desprender paradigmas vernáculos de estudio: proveer de herramientas propicias para desglosar los mecanismos de un campo sui generis.

Para este fin, la primera parte de la publicación se dedica a una crítica del estado del arte, para pasar después de lleno con los estudios de caso. Así, Sergio Costa y Leonardo Avritzer, al revisar el uso del concepto de *espacio público* y su uso en América Latina, abogan por la incorporación de los actores otrora desapercibidos por Habermas: *new publics*, *subaltern counterpublics* y *diasporic*

*public.* Veronica Schild se acerca al caso del desarrollo político en Chile y problematiza el distanciamiento del pensamiento eurocéntrico y del categórico “*first in Europe, then elsewhere*”. En entrevista con Anne Huffschnid, coeditora del libro, Graciela Schmilchuck diserta sobre la noción de la expectativa europea frente al arte mexicano y el dilema: ¿qué debe publicarse y qué es lo esperado por el público? Paralelamente, el artículo de Marisa Belausteguigoitia destaca la relación proporcional entre economía de la (in)visibilidad y economía del secreto, en los casos de chicanos y zapatistas. La esfera pública muta radicalmente en la era digital, eso aclara Bert Hoffmann, a la vez que reivindica los derechos comunicativos como derechos humanos. Martina Blank y Kathrin Wildner realizan un análisis sociológico urbano y destacan los valores compartidos por la Plaza de Mayo argentina y el Zócalo mexicano: convergencia de la tensión, apropiación e identidad.

La relevancia de esta publicación recae en dos factores: la apuesta posmoderna por el reconocimiento de realidades paralelas o emergentes, reforzada por la pluridisciplinariedad de cada capítulo y de su autor. Antropólogos, sociólogos, juristas, filólogos, historiadores, politólogos y expertos del teatro, todos son parte del trabajo de comunicación orquestal. No obstante, la misma ambición ecléctica puede confundir al lector pues no se ofrecen conclusiones claras para cada tema y su conjunto. “Los poderes de lo público” no busca extraer radicalmente nuevos conceptos, mas indica un camino para repensar las nociones de “lo público” en América Latina.

*Arturo Zepeda*

**Anne Huffschnid et al. (eds.): *Jahrbuch Lateinamerika 32: erinnerung macht gegenwart*. Münster: Westfälisches Dampfboot 2008. 217 páginas.**

Narrar la historia es un proceso eminentemente político. En América Latina, el tópico de la historia reciente de las dictaduras militares sigue siendo, sobre todo, uno de los temas socialmente más conflictivos. La importancia del tema se refleja en la producción abundante de obras literarias, artísticas y audiovisuales que lo toman como objeto, sobre todo en los países de las ‘dictaduras burocrático-autoritarias’ del Cono Sur. No sorprende, pues, que la mayoría de los ensayos que reúne el libro *erinnerung macht gegenwart* se centren en diferentes aspectos de la política de la memoria en Argentina y Chile. Sin embargo, el tomo no se restringe a este tema, sino que también abarca otros conflictos sobre la interpretación de la historia en la región.

En estos países existe gran cantidad de literatura testimonial que forma parte de la lucha social por la memoria del tiempo dictatorial. Elizabeth Jelin, en su artículo, hace énfasis en la necesidad de analizar estos documentos desde una perspectiva de género y subraya que se produjeron tanto una feminización de las víctimas como una victimización de las mujeres. Retomando las preocupaciones teórico-metodológicas planteadas por Beatriz Sarlo, Calveiro destaca en una entrevista muy interesante, que los testimonios no necesariamente se acercaban más a ‘la verdad histórica’ que otros textos. La reivindicación principal de la ex montonera Calveiro consiste, sin embargo, en su apelación a una autocritica de los integrantes de la izquierda armada. Al proponer un debate estrictamente político está rechazando valoraciones morales por su carga de lógica binaria que solamente puede dis-

tinguir entre lo bueno y lo malo. Afirma que esa lógica necesariamente lleva consigo un componente autoritario. Haber pensado en una lógica binaria es la crítica principal que formula Calveiro al reflexionar sobre los errores de la izquierda armada.

El tema de la defensa de los derechos humanos es central en los artículos de los politólogos Heinz y Stanley. Mientras que Heinz defiende que las Comisiones de la Verdad lograron que ya no quede ninguna duda de que hubo violaciones masivas de los derechos humanos por parte de los regímenes de facto, Stanley tiene una visión menos optimista del potencial de los instrumentos jurídicos para sancionar a los violadores de los derechos humanos. Que se logre condenar a los responsables de los crímenes cometidos por las instituciones estatales, depende, según ella, de las relaciones de fuerza entre los distintos actores políticos de una sociedad. Por eso, Stanley afirma que los acuerdos internacionales y las organizaciones multilaterales para proteger los derechos humanos carecen de poder real para influir el rumbo de las políticas jurídicas nacionales.

En sus contribuciones, Rinke y Heidhues se preocupan por las luchas sociales por la interpretación del pasado. Mientras que Rinke repasa los cambios en las movilizaciones sociales y políticas del 11 de septiembre en Chile, fecha del golpe de Estado de Pinochet en 1973, Heidhues elige la representación territorial de la dictadura argentina y las luchas por los significados asociados con diferentes formas de representación estética. Para ella, al disputar la forma en que se debe representar oficialmente el pasado en el espacio público, el debate sobre la historia reciente sigue estando vivo. Lo mismo vale decir de las formas artísticas no oficiales de la memoria. El carácter privado y personal de varias obras, principalmente audiovi-

suales, sobre la historia reciente que produjeron hijos de desaparecidos en Argentina propicia, según Durán, que la memoria siga causando conflictos sociales. De esta manera el tema mantiene una dinámica propia que al mismo tiempo le asegura un lugar destacado en el debate público.

En Argentina ya hay varias generaciones que luchan por la memoria de sus familiares desaparecidos durante la última dictadura en el país. La aparición de H.I.J.O.S. (siglas de la organización Hijos por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio) como nuevo actor político, no solo llevó a una resignificación del papel de sus padres apelando a su rol de revolucionarios en vez de víctimas, sino que también introdujeron formas innovadoras de acción política como el *escrache*. Beckert y Bungert destacan que los *escraches* también marcan un cambio de estrategia política. Mientras que las Abuelas y las Madres de la Plaza de Mayo dirigieron sus reivindicaciones de verdad y justicia al Estado, los hijos apelan a la sociedad civil en su conjunto para condenar a los represores. En su análisis comparativo entre el accionar de H.I.J.O.S. en Argentina y México, Becker y Burkert demuestran las diferencias abismales en el contexto político que explican resultados muy distintos de la misma acción política en las dos sociedades. Mientras que el *escrache* funciona en Argentina porque no hace falta explicar a los receptores de la acción qué pasó durante la última dictadura militar en el país, en México, por causa del carácter más disimulado del régimen autoritario mexicano, el *escrache* no puede contar con este tipo de memoria colectiva, ya que muchos ni siquiera sienten haber vivido en una dictadura. Como consecuencia, en México, la información sobre los acontecimientos del pasado es la tarea principal de los *escraches* y los H.I.J.O.S. mexicanos todavía apelan al

Estado para que éste reconozca las violaciones de los derechos humanos.

En su artículo, Frühsorge tematiza la memoria de la guerra civil en diferentes comunidades indígenas de Guatemala y subraya que existe una variedad de interpretaciones indígenas del pasado. La guerra civil no necesariamente es vista como una ruptura en la historia de las comunidades, sino que es posible integrarla en una narración de violencia permanente desde el tiempo de la Colonia hasta el presente. No obstante, las interpretaciones históricas en las comunidades, lejos de ser estables, están en un proceso permanente de resignificación, en el cual se combinan tradiciones orales con nuevas formas de interpretar el pasado. Destacando esto, Frühsorge rechaza estudios anteriores que describen los procesos de memoria en las comunidades indígenas de una manera cíclica como ejemplos de un exotismo que no refleja la realidad polifónica de las comunidades.

Pero la historia latinoamericana de la segunda mitad del siglo xx no se limitó a dictaduras y represión, sino que también había una esperanza de cambio radical hacia una sociedad más justa que la izquierda mundial veía en el subcontinente. El mito de Che Guevara, que por lo menos desde el 68 forma parte de los símbolos de la izquierda, es quizá el mejor ejemplo de esta tendencia. Pero mientras que en Europa el año 1968 simboliza un cambio sociocultural radical, en América Latina la misma fecha no tiene la misma trascendencia, porque está integrada en todo un ciclo de luchas políticas y sociales. Además, hay importantes diferencias entre los movimientos de Europa y América Latina: Huffschmid argumenta que la politización era mucho mayor en América Latina, ya que las confrontaciones con el poder estatal habían sido más fuertes y la fe en la posibilidad de cambiar la sociedad había

sido más grande. No obstante, mientras la lucha por el poder era más intensa en América Latina, el panorama del nivel cultural era distinto: Huffschmid destaca que cuestiones como la emancipación de la mujer y la liberación sexual, reivindicaciones centrales del 68 europeo, no tuvieron la misma importancia en el contexto latinoamericano. Finalmente, hoy en día, según Huffschmid, en la memoria de los acontecimientos relacionados con el 68, en América Latina y sobre todo en México existe una polifonía importante que va más allá de mitos simples que todavía dominaban el discurso europeo.

Hoy, la izquierda de nuevo mira hacia América Latina. Sobre todo el modelo venezolano del autoproclamado ‘socialismo del siglo XXI’ y su retórica revolucionaria y antiimperialista embriaga a buena parte de la izquierda mundial. En su ensayo, la socióloga Karin Gabbert desarrolla una versión más crítica del proceso bolivariano, sobre todo, del personalismo de su comandante. Por un lado se burla de la referencia obsesiva a la obra de Simón Bolívar por parte de Chávez, quien no admite ninguna crítica al pensamiento del Libertador. Por otro lado, muestra que el culto a Bolívar no es nada nuevo en la política venezolana: lo que ocurre actualmente es un proceso de resignificación de la marca ‘Bolívar’. Ante la capacidad retórica de Chávez, la oposición tiende a buscar su suerte en demonizar a la figura Bolívar. Con esto, según Gabbert, confiesan su derrota en la lucha por un significante central de la cultura política venezolana.

Las contribuciones al tema principal de la publicación se dirigen a lectores que ya tienen un conocimiento previo de la historia contemporánea de América Latina. Para poder reflexionar sobre las políticas de memoria hace falta conocer el pasado. El conjunto de los ensayos refleja la variedad de temas y enfoques que trascienden

claramente los límites de las disciplinas académicas. Seguramente no se encuentran todos los temas relevantes, pero también es cierto que esto ni es posible en un solo libro, ni era la intención de la publicación. Adicionalmente a las contribuciones al tema principal, el libro contiene dos artículos que analizan los procesos políticos recientes en Cuba y Ecuador. Mientras Hoffmann analiza los cambios introducidos después de la transición de Fidel a Raúl Castro en Cuba, Dilger tematiza los conflictos internos del gobierno ecuatoriano entre el bloque del presidente Correa y los objetivos participativos y las preocupaciones medioambientales de su mentor político Alberto Acosta.

*Stefan Peters*

**Berthold Molden/David Mayer (eds.): *Vielstimmige Vergangenheiten – Geschichtspolitik in Lateinamerika*. Wien: LIT Verlag (Jahrbuch des Österreichischen Lateinamerika-Instituts, 12) 2009. 322 páginas.**

El Instituto Latinoamericano de Austria publica en el volumen 12 de su colección “¡Atención!” una antología de artículos bajo el título “Pasados polifónicos – política de la historia en América Latina”. En su introducción, los editores Berthold Molden y David Mayer indican que América Latina, en todo lo que concierne a la política de la historia, tiene tanto rasgos particulares (p. e. “las revoluciones” como un punto de referencia destacado, p. 11) como importantes aportaciones para el mundo (p. e. las comisiones de la verdad, p. 12). Sin embargo, constatan que la región no recibe la atención científica que merece, algo que quieren cambiar con su publicación (p. 13).

Molden profundiza en su artículo los conceptos que giran en torno a lo que en alemán suele llamarse *Erinnerungskultur* (cultura del recuerdo). Pone especial énfasis en que la memoria colectiva (de una nación p. e.) no es una estructura estática sino el resultado de luchas internas, por lo que, finalmente, acaba siendo hegemónico, es decir, la narración de unos acontecimientos históricos aceptada por el colectivo (pp. 35 ss.). A la vez muchas veces coexisten otras memorias o *subculturas* del recuerdo, expresión de la polifonía a que ya alude el título del libro y que impide, según Molden, que se configure una memoria global que algunos ya perciben como una realidad (pp. 13, 49).

Ya en la introducción, Molden y Mayer tratan de definir “la política de la historia” como una categoría analítica abierta que quiere aclarar las cuestiones de “¿[q]uién establece cuál interpretación de la historia con qué fin y con qué intereses económicos y simbólicos?” (p. 19). Los artículos del libro intentan responder a esta pregunta de forma muy variada, por lo que respecta a los espacios geográficos y temas tratados.

La historiadora Margarita Iglesias Saldaña da una buena visión de conjunto de la política de la historia de la democracia chilena. Indica, entre otras cosas, que los crímenes de la dictadura de Pinochet han sido tematizados cada vez más, mientras que poco se discute el legado socioeconómico de la misma. David Mayer añade que para las izquierdas del continente el estatus de víctima no está ubicado en el centro de su discurso de identidad, sino que ahí está la militancia. A la vez resume que la referencia al pasado (narrado de cierta forma) es esencial para las formaciones políticas izquierdistas. En sus palabras: “Cuando se habla en la izquierda, mucho se pronuncia en historia” (p. 131).

Otra orientación tiene la aportación de la socióloga Stefanie Kron, que se ha entrevistado con mujeres indígenas guatemaltecas que se habían refugiado en México por las crueles persecuciones durante la guerra civil de su país. Aunque a veces las conclusiones, que saca de sus entrevistas parecen un poco atrevidas, se lee con interés cómo mujeres marginadas usan figuras discursivas establecidas para su *self empowerment* en el marco de un colectivo social (movimiento de refugiados “el retorno”, pp. 181 ss.). Marina Franco, a su vez, se ocupa de la “teoría de los dos demonios” en el caso argentino. Explica cómo los seguidores de esa teoría (como la CONADEP) veían la sociedad civil de Argentina como la víctima inocente de las guerrillas y el terrorismo de la extrema derecha (los dos demonios). Su polémica hipótesis es que esa teoría no sólo ya existía antes del golpe de Estado de 1976, sino que, en cierta medida, fue “un elemento coadyuvante” (p. 282) al surgimiento del terrorismo de Estado, como ayudó después, en tiempos del presidente Alfonsín como medida de condenar el mismo.

Otros autores se dedican, por ejemplo, al arte contemporáneo como un medio de la política del recuerdo o a las comisiones de la verdad en una perspectiva transnacional. Lamentablemente no todos los textos cumplen con las expectativas que incitan. Así, la historiadora española Josefina Cuesta Bustillo, si bien menciona los países del Cono Sur, no indaga, en profundidad, la *relación* entre el caso español de abordar el pasado y los casos latinoamericanos, cosa que promete el título del artículo. En cuanto a España, no se lee nada sobre la Ley de la Memoria Histórica que promulgaron las Cortes a finales del año 2007 (pp. 103-121). El historiador alemán Michael Zeuske, partiendo de una historia social del individuo Simón Bolívar, des-

cribe, a su vez, en un lenguaje muy elocuente, la génesis y los vaivenes del mito del Libertador. Sin embargo, después de la (interesante) lectura, al lector no le quedan más que suposiciones para responder a la pregunta, planteada al inicio, de por qué en los países donde estaba y queda muy vivo el mito de Bolívar nunca ha habido una revolución social (p. 244).

En conclusión, el libro consiste en una colección de textos que no solamente presentan cómo voces múltiples narran una serie de pasados sino que, en sí, ya es una interesante compilación polifónica por sus variados temas. Además ofrece un *plus* de estética y utilidad para los lectores con su portada artística que plasma esa polifonía y un anexo con unos *abstracts* de los artículos e informaciones sobre los autores.

*Alexandre Froidevaux*

**Fernández Santos-Granero: *Vital Enemies, Slavery, Predation and the Amerindian Political Economy of Life*. Austin: University of Texas Press 2009. 280 páginas.**

Este libro analiza las diversas formas de esclavitud y servidumbre que existían en seis sociedades indígenas de la América tropical en la época del contacto con los europeos. Esas etnias eran los calusa de Florida, los kalinago de las pequeñas Antillas, los tucano de las orillas del Vaupés, los conibo de la selva peruana (Ucayali), los chiriguano del este hoy boliviano, y en fin los guaycurú. Los casos estudiados han sido elegidos en función de cuatro criterios: la época del contacto (siglos xv y xvi), la riqueza de la documentación histórica asequible, la existencia de estudios modernos sobre esos pueblos, la diversidad de los entornos y de las culturas.

Más allá de las connotaciones eurocentristas de las palabras “esclavitud” y “servidumbre”, y tratando de no tomarlas en cuenta en sus análisis, el libro estudia en sí las diversas formas de sometimiento que existían en esos pueblos en el momento de la irrupción europea, que en esos casos tuvo lugar en momentos diferentes y adoptó formas también diversas. El libro es, pues, un intento de historia reconstructiva con el fin de identificar los elementos y las características de la *extreme dependency* entre esas poblaciones.

La obra se subdivide en cuatro partes de nueve capítulos que analizan y privilegian tres enfoques sucesivamente.

El primero (caps. 2-4) estudia las diversas formas que podía tener esa dominación, tratando de distinguir las que eran esclavitud (las formas más fáciles de definir) y las que podían ser servidumbre o sencillamente sistema de tributo a raíz de la guerra.

El segundo enfoque (caps. 5-7) es más bien una especie de acercamiento sociológico a esas formas de sumisión: los marcadores e indicadores sociales de la misma, las obligaciones materiales de aquéllos sobre los que ésta recaía, y el estatuto de dependencia en que vivían ellos y sus descendientes.

El tercero, más teórico, se interesa por las ideologías de la captura que estaban detrás de esos sistemas, y los justificaban a los ojos de aquéllos que los utilizaban: civilizar al otro, y los múltiples motivos de la guerra, ya que todas esas formas de servidumbre tenían en común el origen bélico de la sumisión.

En una serie muy interesante y completa de conclusiones, el libro trata –y consigue– mostrar la gran diversidad de situaciones y el peso también diverso de los dominados en el funcionamiento de las sociedades estudiadas que llegaban, por ejemplo, a constituir el 40% de los guay-

curúes y sin duda también de los calusa. Insiste igualmente en el gran significado social de la presencia y actividad de dichos dominados que más que productores de riqueza eran ellos mismos elementos esenciales de esa riqueza de las etnias que los utilizaban. Asimismo, hace hincapié en las diferentes posibilidades de integración o incluso liberación que existían, en el devenir de los hijos procedentes de parejas mixtas, y termina en un intento de calificación de la eficiencia económica de esos sometidos que en el marco por cierto reducido de los pueblos en que vivían parece haber sido bastante elevada y en nada comparable con lo que posteriores formas de esclavitud importada por los europeos pudieron conseguir.

En conclusión, se trata de un libro muy sugerente, bien informado, con una bibliografía muy útil y que hace accesible a los historiadores zonas, pueblos, estructuras y mentalidades que normalmente quedan fuera de sus intereses.

*Bernard Lavallé*

**Johannes Meier/Veit Straßner (eds.): *Lateinamerika und Karibik*. Paderborn: Ferdinand Schönigh (Kirche und Katholizismus seit 1945, 6) 2009. 559 páginas.**

Debido a su legado histórico, América Latina por mucho tiempo fue vista como el “continente católico” por antonomasia. La dominación ibérica durante 300 años y la época poscolonial forjaron no solamente las estructuras sociales y políticas, sino también la Iglesia y el catolicismo de ese continente. Pero desde mediados del siglo XX, la Iglesia católica experimentó, en América Latina y el Caribe, profundos cambios que se deben tanto a influencias resultantes de su seno como el Concilio

Vaticano Segundo, las conferencias episcopales en Medellín y Puebla o la teología de la liberación, como a procesos sociales y políticos en la región; a saber, conflictos armados, dictaduras, pobreza y migraciones. No obstante, América Latina y el Caribe siguen siendo de especial importancia para el catolicismo mundial, pues la región representa, hasta hoy, el mayor espacio cultural de influencia católica a nivel mundial y alberga aproximadamente 470 millones de católicos, es decir, un 43% de los más de mil millones de católicos que hay en todo el mundo.

En el libro por presentar, se describe y analiza en 23 capítulos, sobre el trasfondo de unas condiciones-marco cambiantes eclesiástico-teológicas y político-sociales, el desarrollo del catolicismo en América Latina y el Caribe a partir de 1945. Se resalta cómo la Iglesia de ese subcontinente ha ido adquiriendo paulatinamente un perfil propio del que han partido y siguen partiendo impulsos importantes para la Iglesia mundial. Pero antes de empezar con los estudios monográficos de cada país, los editores han decidido incluir dos capítulos generales: uno introductorio que esboza tendencias de desarrollo más bien generales para todo el subcontinente y que puede ser el trasfondo para resaltar mejor y enjuiciar más precisamente la situación de la Iglesia en los diferentes países; y un capítulo especial sobre la historia de la teología latinoamericana, ya que los impulsos creadores e innovadores de esta teología representan, en cierta forma, la base teológica del actuar eclesiástico.

Para entender la situación de la Iglesia en el siglo xx, los editores empiezan con una mirada retrospectiva al xix. Siguen algunos aspectos centrales que fueron decisivos para el desarrollo de la Iglesia y del catolicismo del subcontinente: la Acción Católica como intento de crear nuevas estructuras religiosas y aumentar la

influencia social de la Iglesia; las repercusiones del Concilio Vaticano Segundo y su recepción en América Latina a través de la Conferencia General Episcopal de Medellín y las siguientes reuniones del episcopado latinoamericano; los desarrollos en la vida de las órdenes, que hicieron suyos importantes impulsos del Concilio y de las conferencias generales episcopales; el papel de la Iglesia durante las dictaduras militares; el reforzamiento de nuevas tendencias conservadoras dentro de la Iglesia desde los años ochenta; y el desarrollo del protestantismo en América Latina así como del catolicismo latinoamericano fuera del subcontinente.

El capítulo que resume la historia teológica de América Latina a partir de 1945 se subdivide en dos épocas: la primera va desde 1945 hasta los años sesenta; luego sigue el inciso crucial de la teología de la liberación, y toda la segunda parte analiza detalladamente esta nueva teología: el contexto de su surgimiento como reacción a la teología postridentina y como resultado a procesos intraeclesiales, teológicos, sociales y culturales. La teología de la liberación misma es discutida y analizada detalladamente, incluyendo los temas teológicos centrales (como politización de la fe) y los nuevos temas teológicos (como teología del cautiverio). La manera en que la teología de la liberación ha percibido el mundo de los pobres, ha cambiado a lo largo de las décadas. Hoy se fija más en la violencia institucionalizada y la cultura de la muerte, la represión de la mujer y la marginalización de grupos étnicos. Al mismo tiempo se perfeccionaron los instrumentos analíticos, incluyendo nuevos enfoques de las ciencias sociales y culturalistas. En el futuro, la teología de la liberación deberá intensificar el diálogo con la filosofía latinoamericana.

A los capítulos generales introductorios siguen los artículos monográficos

para cada uno de los países latinoamericanos, todos ellos escritos por especialistas. Como tónica general podría resaltarse una postura de empatía con la Iglesia católica, no exenta de crítica. Se evitan los extremos, tanto los denigrantes como los exultantes. Si bien la estructuración de cada capítulo monográfico difiere de los otros, en todos ellos se resaltan los aspectos sociales, la relación entre política y religión, la postura de la Iglesia frente a las dictaduras, el avance del protestantismo y las causas de este desarrollo y, naturalmente, la evolución intraeclesial, haciendo continua referencia a la teología de la liberación. En el apéndice se incluye una estadística sobre la situación del catolicismo en América Latina, un índice onomástico y otro de materias.

Este libro será, para el futuro, de obligada referencia para todos los interesados en la historia eclesiástica latinoamericana del siglo xx. Se trata de una sólida y perfectamente presentada obra que merece una rápida traducción al castellano.

*Walther L. Bernecker*

**Consuelo Naranjo Orovio (coord.): *Historia de Cuba. Historia de las Antillas*. Vol. I. Madrid: CSIC/Ediciones Doce Calles 2009. 625 páginas.**

Esta obra es el primer volumen de una colección que nos parece necesaria e interesante, una colección sobre la Historia de las Antillas en cinco volúmenes que editan conjuntamente el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y la editorial Doce Calles, dirigida por la historiadora española Consuelo Naranjo Orovio. El primer volumen de esta colección, al que nos referimos hoy, está coordinado por la directora de la colección, la Dra. Naranjo Orovio.

Este volumen nos ofrece trabajos sobre la historia de Cuba, desde comienzos del siglo xvi hasta la actualidad. Trabajos que abarcan los habituales ámbitos, población, economía, sociedad, política, cultura y ciencia, desde la llegada de los españoles hasta el triunfo de la Revolución. Se cierra el volumen con un último capítulo que se ocupa de las políticas sociales y económicas en la Cuba socialista.

La primera parte del libro, la población, se estudia en dos trabajos, el primero abarca desde 1510 hasta 1770 y está realizado por Alejandro de la Fuente. La demografía del período comprendido entre 1760 y la actualidad lo estudia Consuelo Naranjo, en el capítulo 2.

Prácticamente la misma división cronológica se mantiene en la segunda parte, en el ámbito de la economía. La economía de los siglos xvi y xvii la estudia Alejandro de la Fuente (capítulo 3), y la economía de los siglos xviii, xix y xx lo hace Antonio Santamaría García (capítulo 4).

La tercera parte, correspondiente a la sociedad, se compone de cuatro capítulos. El primero, que abarca todo el período de la esclavitud, entre 1510 y 1886, está realizado por Alejandro de la Fuente (capítulo 5). En esta parte hay tres capítulos más, ya con una división cronológica. Un capítulo que abarca la sociedad entre 1510 y 1770, cuyo autor es Alejandro de la Fuente (capítulo 6); en el siguiente (capítulo 7), Joan Casasnovas nos habla de la sociedad no esclavizada entre 1770 y 1902, y por último, Vanni Pettina aborda la sociedad de la Cuba republicana entre 1902 y 1959 (capítulo 8).

El cuarto bloque, que se refiere a la vida política, tiene cinco capítulos. Hay un primer capítulo sobre Cuba en el contexto internacional realizado por el profesor checo Josef Opatrny (cap. 9); un segundo sobre la organización político-administrativa y los mecanismos del poder colonial en

los siglos XVI al XVIII, firmado por M<sup>a</sup> Dolores González-Ripoll (capítulo 10); en el tercer capítulo de este bloque José Antonio Piqueras Arenas nos habla de la vida política entre 1780 y 1878 (capítulo 11). En el capítulo 12, Luis Miguel García Mora habla del nuevo orden colonial entre 1878 y 1898, y por último, en el capítulo 13, Vanni Pettina aborda el desarrollo político de la Cuba republicana entre 1898 y 1959.

La quinta parte, aborda la vida cultural y científica. En el primer capítulo, Rafael Rojas nos ofrece apuntes para una historia intelectual de Cuba (capítulo 14); la literatura la aborda Françoise Moulin-Civil en el capítulo 15; en el capítulo 16, M<sup>a</sup> Dolores González-Ripoll habla del mundo de la prensa y el cine. La arquitectura, las artes plásticas y la música son tratadas por Zoila Lapique Becali en el capítulo 17; y en el último capítulo de este bloque, la vida científica la reflejan Leida Fernández Prieto y Armando García González.

En la sexta y última parte, un único capítulo, el 19, realizado por Carmelo Mesa-Lago, se aborda la historia y una evaluación de medio siglo de políticas sociales y económicas en la Cuba revolucionaria.

Nos encontramos aquí con una obra ambiciosa, panorámica, con afán de cubrir los aspectos más relevantes de la vida en la isla de Cuba desde la llegada de los españoles hasta nuestros días. En este empeño, que teniendo en cuenta su dimensión, siempre es susceptible de incorporar ámbitos nuevos de análisis, quizá un capítulo dedicado específicamente a la vida política en la Cuba revolucionaria habría ayudado a completar el panorama.

Posiblemente también, en la medida en que la obra forma parte de una colección que incluye el resto de las Antillas, y teniendo en cuenta las diferencias de la historia de Cuba con respecto a los procesos históricos de otros países de América

Latina, resultaría de gran interés algún tipo de aproximación comparativa con su entorno, que además permitiría enmarcar convenientemente algunas de sus peculiaridades.

Estas cuestiones menores no pueden oscurecer el hecho, en mi opinión muy enriquecedor, de que los autores de los diferentes capítulos procedan de instituciones académicas de diferentes países, España, Estados Unidos, Cuba, México, Francia, Italia y República Checa; y probablemente también con diferentes sensibilidades a la hora de acercarse a la historia de la isla. Las diferentes aproximaciones metodológicas, y por qué no decirlo, ideológicas, a la historia de Cuba hacen que cualquier esfuerzo de síntesis en torno a la misma sea bienvenido.

Nos encontramos ante una importante aportación a la historiografía de la nación cubana, ámbito que desde hace tiempo ha alcanzado una relevancia significativa entre los investigadores, tanto cubanos, de la isla o de la diáspora, como extranjeros. Estudios en los que se han generado visiones diferentes y antagónicas en muchos casos, que hacen más necesaria que nunca la existencia de puntos de encuentro, a la hora de alcanzar vías necesarias de consenso y visiones de síntesis necesarias para avanzar en el conocimiento de la historia de la isla.

*Abel Losada Álvarez*

**Franziska Schmidt: *Zwischen staatlicher und parastaatlicher Gewalt. Soziale Bewegungen im Kolumbien der 1980er Jahre.* Gießen: Johannes Herrmann Verlag 2008. 156 páginas.**

Con los resúmenes de sus investigaciones sobre movimientos sociales en

Colombia durante la década de los ochenta del siglo xx, Franziska Schmidt aporta el segundo volumen a la recién empezada serie de trabajos sobre lengua y cultura editada por Angelika Hennecke, de la Universidad de Colonia. Esta serie pretende brindar oportunidades de publicación a jóvenes investigadores empíricos. Franziska Schmidt aprovechó este recurso y elaboró un aporte a la historia socioeconómica colombiana, valiéndose consecuentemente de determinados rubros de descripción y clasificación para los movimientos sociales de la década de los ochenta. La autora los agrupa en cinco secciones, los movimientos obrero, campesino, indígena, estudiantil y civil; logra una visión conjunta gracias a sus criterios coherentes a la vez que ofrece unas pautas comparadas. El libro viene junto con un CD en el que fueron grabadas las entrevistas.

Los cinco movimientos no pueden entenderse sin conocer sus antecedentes. Por tanto, se recogen datos estadísticos sobre conflictos sociales anteriores y se hace un pequeño recorrido histórico de los grandes rasgos de los conflictos sociales y políticos a partir del 9 de abril de 1948 sin hacer caso omiso de las negativas experiencias hechas en torno de las campañas de la entrega de armas por parte de liberales y comunistas a inicios de los años cincuenta, de miembros de la Unión Patriótica (UP) o del Movimiento 19 de abril de 1970 (M19) en los años ochenta y tampoco de los dramáticos y traumáticos sucesos de Marquetalia, Viotá y otros. Fueron en gran parte dichas experiencias, al lado del continuo empleo de violencia abierta por parte del Estado contra cualquier tipo de protestas sociales, que no se dejaron apaciguar fácilmente, las que ininterrumpidamente seguían manteniendo fuertes las filas de los diversos grupos guerrilleros. Sin embargo, ellos son tema del presente estudio sólo cuando interactúan con aquellos movi-

mientos de protesta que surgen y se reproducen desde el centro de la vida social y que se entienden como legítimo empleo de sus derechos de ciudadanos. Por otra parte, figuras emblemáticas como el líder del movimiento indígena Manuel Quintín Lame o el sacerdote Camilo Torres, quienes, al contrario de sus ideales iniciales, terminaron por ver la lucha armada como única salida prometidora para sus aspiraciones de más justicia social, son referentes para todas las corrientes opositoras.

Debido a las frecuentes y rápidas criminalizaciones, particularmente en los conflictos rurales, esta distinción entre las estrategias pacíficas y la lucha armada, a menudo se vuelve teórica. El conflicto agrario, fundamentado en la extremadamente desigual repartición de tierras, regularmente agravado por expulsiones de minifundistas incluyendo masacres, en pos de mayores acumulaciones y hasta hoy sin distensión pese a las muchas reformas, muestra de manera más aguda lo imposible de sustentar dicha distinción. La defensa de su territorio es motivo principal también de los movimientos indígenas, al que se añade la insistencia en conservar sus tradiciones culturales y ciertas formas de soluciones internas basadas en el derecho consuetudinario. Mientras que la delimitación de los movimientos obrero y estudiantil se da, sobre todo, por los objetivos de mejorar las condiciones del ámbito del trabajo y de la universidad, la tarea de definir se hace más difícil en el caso del movimiento cívico que, evidentemente, cuenta con intersecciones con todos los demás movimientos, pues Schmidt cataloga no solo, como era de esperar, las aspiraciones de vecinos urbanos por una mejor cobertura de la oferta de bienes públicos, de la infraestructura etc. como elementos del movimiento cívico, sino también los movimientos regionales y locales provocados por la tradicional

negligencia del Estado centralista frente a las necesidades de áreas remotas.

La otra parte del esbozo histórico de los conflictos socio-políticos, que precede la investigación empírica de los años ochenta, es el modelo de una sociedad determinada por el clientelismo y por los patrones estatales de represión de los movimientos de protesta. Ambos factores coinciden en su calidad de suponer fuertes impedimentos para el despliegue de los movimientos sociales. El clientelismo, para cuya descripción Schmitt se refiere al sociólogo Ciro Krauthausen, convierte los logros conseguidos en favores personales y dificulta así asentarlos, legalizarlos y generalizarlos a beneficio de todos los miembros de la sociedad sumisos a las mismas condiciones. Si bien es un molde vigente particularmente para sistemas paternalistas rurales, sigue extendiéndose a través de las estructuras jerárquicas de toda la sociedad. Basándose, sobre todo, en Mauricio Archila Neira, David Bushnell y Medófilo Medina, especialistas en la historia social colombiana, la autora habla de un cartel de gobierno, de cúpulas de la policía, del ejército y de la prensa que concertadamente oprimieron protestas una y otra vez de la misma manera. Cuando las acciones aumentaron y provocaron más solidaridad, se calumniaron las mismas como obra de grupos insurgentes, se dividió el movimiento afirmando que dichas acciones no hallaban ningún respaldo en la población y se criminalizó la campaña procediendo a ejercer medios coercitivos y represión abierta, todo eso acompañado por liquidaciones de destacados líderes y voceros jamás esclarecidas. La autora presenta los lamentables saldos de violencia política contra la oposición elaborados por sociólogos, especialistas en la investigación socio-empírica de Colombia. En su definición de los movimientos sociales, se remite también a sociólogos alemanes.

La parte empírica del estudio empieza con el Paro Cívico Nacional del año 1977, sigue con una breve presentación de los tres gobiernos durante el lapso de tiempo tratado, es decir, de los presidentes Julio César Turbay, Belisario Betancur y Virgilio Barco y se extiende a los cinco tipos de movimientos sociales anteriormente clasificados. A la revisión y al análisis de investigaciones hechas sobre la época, se agregan entrevistas realizadas por la autora con representantes de los movimientos cívico y estudiantil. Todas las formas de protesta, específicas cada una en el correspondiente campo de acción como la huelga, la ocupación de tierras baldías, la interrupción del tránsito interurbano, la demostración pública y otras, caracterizadas por su intento de evitar violencia contra personas, surgieron de estructuras organizadas existentes, pero atrajeron e incluyeron a muchas personas más allá de las organizaciones tradicionales durante los años siguientes al paro de 1977. Franziska Schmidt reporta las grandes acciones sociales colectivas acogándose en su clasificación a la distinción de Archila Neira entre la puntualidad y agudeza de demandas ante un definido adversario que caracteriza las acciones y que las diferencia de los movimientos sociales, que a su vez exigen cierta permanencia en el tiempo. Particularmente en los campos obrero y campesino, las estructuras organizadas se identifican por su estado desmembrado. El estado más consistente y unificado del movimiento indígena permitió un modo de actuar más concertadamente y condujo a que éste logró asentar el reconocimiento de algunos de sus derechos exigidos en la Constitución de 1991, lo que animó al movimiento afrocolombiano a seguir el ejemplo, siendo este logro no más que la base jurídica para una futura imposición de estos derechos. A pesar de que, en 1987, se aprobó una ley de expropiación de tierras inadecuadamente utiliza-

das a consecuencia de las ocupaciones, llamadas por sendos lados recuperaciones versus invasiones, a finales de la década la situación de los campesinos y minifundistas no había mejorado debido a la agravada presión sobre vastas áreas rurales, donde nuevos actores continuaron las expulsiones por la necesidad de campos de cultivo y de infraestructura ilícita así como por la acumulación de terrenos como medio usado para el lavado de dinero. Los movimientos cívico y estudiantil fueron los que más solidaridad con otras campañas mostraron, pero todos, al lado de sus reivindicaciones inmediatas, reclamaron el respeto de los derechos humanos generales. Después del cambio en el modo de gobernar con la presidencia de Belisario Betancur, que apostó más por el diálogo, y del éxito de la Unión Patriótica como tercera fuerza en las elecciones del año 86, a finales de la década todos los movimientos volvieron a verse expuestos a fuertes persecuciones y represiones.

Al ocuparse de esta época importante en la reciente historia social, el trabajo resalta las experiencias y la diversidad de los movimientos opositores en Colombia. Además, al aplicar y cuestionar criterios sociológicos surgidos de contextos teóricos diferentes, contribuye a la elaboración de un enfoque que permite un análisis más profundo de la dinámica política de este país.

*Jochen Plötz*

**Raul Zelik: *Die kolumbianischen Paramilitärs. "Regieren ohne Staat?" oder terroristische Formen der Inneren Sicherheit.* Münster: Westfälisches Dampfboot 2009. 352 páginas.**

El paramilitarismo colombiano ha atraído el interés de gran número de aca-

démicos y activistas en los últimos años, a pesar de que se trata oficialmente de un fenómeno "acabado". Poco después de las elecciones de 2002 que llevaron al poder a Álvaro Uribe empieza el desmantelamiento de los cuadros paramilitares, unidos desde 1997 bajo el nombre de Autodefensas Unidas de Colombia (AUC). Originalmente formados por los grandes terratenientes de la región del Magdalena Medio para protegerse contra los constantes ataques y extorsiones de la guerrilla izquierdista, se involucraron cada vez más con el narcotráfico y establecieron buenos contactos con algunos órganos del Estado.

En este contexto, queda comprobado que los paramilitares cometieron un sinnúmero de masacres contra la población civil, muchas veces con el apoyo de las fuerzas armadas. Los nexos entre "paras" y Estado alcanzaron tal punto que incluso el propio presidente Uribe se vio implicado en la conformación de grupos paramilitares. Finalmente, los "paras" fueron "desmovilizados" a partir del año 2002, en un proceso que tenía como base legal la controvertida Ley de Justicia y Paz (2004/05). Alrededor de 35.000 paramilitares se "re-integraron" a la sociedad, aprovechándose de penas rebajadas entre cuatro a ocho años de prisión, aunque en la actualidad muy pocos de ellos realmente purgan alguna condena. Además, una buena parte de los supuestos "rebeldes políticos" son en realidad simples narcotraficantes sin ambición política alguna, quienes de hecho usaron la amnistía para "legalizar" sus negocios ilegales. Las estructuras más profundas del paramilitarismo están intactas, y se manifiestan hoy en día en la aparición de las llamadas "nuevas bandas emergentes", reemplazo de las AUC en zonas de cultivo de coca y en territorios dominados por la agroindustria.

En teoría, todos estos hechos han sido ampliamente publicados y discutidos en

periódicos, revistas y foros internacionales. Varias organizaciones de derechos humanos han criticado la aparente farsa de la desmovilización. Por eso, resulta algo extraño que algunas de las monografías más conocidas acerca del paramilitarismo colombiano (p. ej. Romero 2003; Cubides 2005), ignoren o relativizan los nexos evidentes entre paramilitarismo y Estado, la integración del paramilitarismo en el proyecto económico neoliberal –sumamente violento y expansivo a la vez– o el papel de los “paras” en la recuperación del monopolio de la fuerza estatal.

El gran mérito de Raul Zelik es haber indagado sobre esta dimensión del paramilitarismo, hasta ahora tan poco tematizada en Colombia, tal vez por temor a represalias. Su tesis principal es que los “paras” no son simplemente el resultado de un Estado frágil o fracasado –posición que, al contrario, descarta–, sino más bien la muestra de la funcionalidad de un Estado policíaco y sumamente represivo, construido a lo largo de dos siglos por las élites tradicionales. En este sentido, las élites nunca han querido implantar un Estado integrador y participativo. Al contrario, casi siempre se trataba de “blindar” al Estado minimalista, garantizando así el funcionamiento sin roces de la exportación de materia prima y el control social.

Según Zelik, los “paras” forman parte de un proyecto neoliberal cuyo objetivo es la ocupación violenta de las mejores tierras, las cuales muchas veces han sido abiertas y colonizadas por pequeños agricultores, y su consiguiente transformación en zonas de inversión agroindustrial. Al respecto, los paramilitares no actúan a la manera de señores de la guerra premodernos, como sostiene por ejemplo Herfried Münkler en su muy conocida obra sobre las Guerras Nuevas (2002), sino más bien como “empresarios de la violencia”, cuya tarea es la rápida integración de las econo-

mías extractivas o ilegales al mercado global. Debido a que los costos políticos de prácticas como el desplazamiento forzoso o las masacres son demasiado altos para algunas élites despiadadas, confiaron este “trabajo sucio” a las bandas paramilitares. Aparte de eso, los paramilitares no son simplemente una “anti-guerrilla-guerrilla”, la cual cumple una función puramente económica en el perverso sistema de guerra colombiano, sino que también persiguen el objetivo de destruir las instituciones básicas de la resistencia política y social (p. ej. sindicatos, ONG, abogados de derechos humanos, etc.).

A diferencia de la mayoría de los estudios sobre el tema, el libro de Zelik se basa en extensas estadías en las zonas de conflicto, entrevistas con víctimas y victimarios, así como en un trabajo periodístico que se remonta hasta los años ochenta. Tal vez el carácter anecdótico y periodístico de algunos capítulos no sea adecuado para un trabajo académico de este tipo (tesis de doctorado), y frecuentemente el autor se pierde demasiado en detalles. Pero en general, se trata del mejor estudio sobre el fenómeno multifacético del paramilitarismo que ha sido publicado hasta ahora. No sólo está bien escrito, sino también abre el debate sobre cómo puede y debe actuar la Unión Europea frente al mal logrado “proceso de paz” en Colombia.

Sven Schuster

**Ralph Luger: *Die Bolivarische Revolution und ihre historischen Voraussetzungen – Venezuelas Weg in eine Delegative Demokratie*. Berlin: wvb 2008. 173 páginas.**

Ya corren más de diez años desde que Hugo Chávez Frías ganó las elecciones

presidenciales en Venezuela. Durante dicha década se discutió mucho sobre los cambios políticos y sociales en el país. Mientras que unos perciben la llamada 'Revolución bolivariana' como una alternativa positiva al capitalismo neoliberal, otros se muestran preocupados por el creciente autoritarismo, la 'cubanización', la corrupción y la inseguridad en Venezuela. Aunque es cierto que hay mucho debate sobre el proceso político venezolano, al mismo tiempo vale decir que el interés que surgió tanto nacional como internacionalmente por los cambios efectuados en Venezuela, no se refleja en un crecimiento de estudios académicos del tema: la gran mayoría de los trabajos publicados recientemente sobre el tema son más bien ensayos de opinión.

El análisis de Ralph Luger, que es el resultado de su tesis en Ciencias Políticas de la Universidad de Viena, quiere contribuir a la discusión sobre la tipología del gobierno de Chávez. Su tesis principal es que éste es un ejemplo de una democracia delegativa. Teóricamente Luger se basa en los estudios del argentino Guillermo O'Donnell y su caracterización de las democracias delegativas. Dicho concepto representa uno de muchos intentos de categorizar a sistemas políticos existentes según sus diferentes defectos en comparación al modelo democrático liberal representativo. Es decir, todos estos estudios representan en el fondo una idea según la cual la democracia occidental (norteamericana y europea) era el ideal que los demás sistemas políticos solamente deberían copiar.

Al comparar el modelo de las democracias delegativas con las democracias representativas, Luger encuentra cinco puntos de diferencia. En consecuencia, estos puntos representan los defectos de las democracias delegativas: 1) el bajo nivel de institucionalización, 2) la ausen-

cia de mecanismos de control del poder, 3) la concentración del poder, 4) el destacado papel del presidente y, 5) la elevada importancia de las elecciones, que son la única opción que tiene la población para articular su apoyo o rechazo a la política gubernamental. Refiriéndose a O'Donnell, Luger destaca que al contrario de regímenes autoritarios, en democracias delegativas la libertad de la prensa y de los medios de comunicación está garantizada.

El trabajo de Luger plantea la cuestión analítica de si la actual política en Venezuela podría ser denominada como un ejemplo de democracia delegativa. Según O'Donnell, las democracias delegativas se establecen como consecuencia de un proceso de crisis socioeconómica. Como consecuencia, es preciso investigar el proceso histórico que lleva al sistema político por analizar. No obstante, la intención del autor de narrar toda la historia de Venezuela desde su independencia en un libro relativamente corto, que además tiene otro interrogante investigativo, resulta ser poco convincente. En primer lugar, la caracterización de los distintos periodos históricos necesariamente queda superficial. En segundo lugar, los conceptos analíticos en los que consiste la idea de la democracia delegativa no se encuentran en la narración del proceso histórico. Como consecuencia, muchas veces no hay un vínculo claro entre la pregunta investigativa y el contenido del libro. En tercer lugar, la brevedad de la narración de casi 200 años de historia de Venezuela lleva a una interpretación unidimensional del pasado. La historia, sobre todo hasta el comienzo de la crisis socioeconómica de la década de 1980, es presentada como un proceso en el cual solamente actúa la élite política.

De esta manera, y a pesar de la preocupación del autor por utilizar una terminología no discriminatoria a lo largo del

libro, su narración de la historia venezolana representa un ejemplo de la concepción de la historia como proceso en el cual los actores políticos se reducen a las élites: blancas, masculinas y pertenecientes a la clase social alta. La historia social o cultural simplemente no existe en su análisis.

Después del agotamiento del Pacto de Punto Fijo (1958), un pacto entre las élites que hizo posible un período de relativa bonanza económica y estabilidad política en Venezuela, la narración histórica de los procesos políticos y sociales de Venezuela se vuelve más pormenorizada. Plantea la tesis de que, a partir de la crisis socioeconómica de los años ochenta y noventa, empezó el fin del modelo de la democracia representativa en Venezuela. Entonces, esta fecha marca también el comienzo de una crisis política que desembocó en el establecimiento de un nuevo modelo democrático que, según Lugar, se acercaba hacia el concepto de la democracia delegativa.

Por desgracia, son solamente las últimas páginas del libro las que se dedican a un análisis profundo del interrogante investigativo del trabajo. Aquí Luger argumenta que el sistema político venezolano se asemeja cada vez más a una democracia delegativa. Destaca, sobre todo, el uso frecuente de decretos presidenciales, el personalismo, la falta de institucionalidad en la política (social) del gobierno actual y la importancia de la comunicación directa entre el líder político y 'su' pueblo. Al otro lado, deja abierta la pregunta de las oportunidades de la población de apoderarse de los canales participativos que abre la nueva Constitución de 1999.

Al terminar su análisis, Luger se muestra preocupado por la alta ideologización de los medios de comunicación y la falta de respeto a la libertad de expresión y a los derechos humanos en Venezuela. En este contexto advierte de la posibilidad de que la Revolución bolivariana

se transforme en un régimen cada vez más autoritario. Es ahí donde subraya la necesidad de defender los derechos fundamentales de los ciudadanos venezolanos como una condición imprescindible para la defensa de los logros democráticos alcanzados en Venezuela durante la segunda mitad del siglo XX y donde, además, ofrece aportes para el debate sobre la política actual en Venezuela.

*Stefan Peters*

**Darius J. Piwowarczyk: *Coming Out of the "Iron Cage". The Indigenists of the Society of the Divine Word in Paraguay, 1910-2000.* Fribourg: Academic Press 2008. 368 páginas.**

La Sociedad de la Divina Palabra (Societas Verbi Divini = SVD) es una congregación católica de misioneros fundada por el sacerdote alemán Arnold Janssen en el pueblo holandés de Steyl en 1875. Su fundación se produjo en el contexto del movimiento de protesta católica contra el *Kulturkampf* del gobierno de Bismarck. Sin embargo, a los pocos años, la congregación se vio integrada en la política colonial del imperio alemán y asumió importantes funciones tanto en la educación de los alemanes de ultramar como en la conversión de los "paganos" de muchos países. En 1910, la SVD llegó a Paraguay, donde se convirtió en una participante institucional importante en el campo del indigenismo. Piwowarczyk analiza tres etapas de su trabajo en aquel país relacionando cada una con la correspondiente *doxa* del pensamiento moderno.

En 1910-1925, bajo el signo del "progreso", la SVD buscó la "conversión" de los indios paraguayos. Los misioneros que trabajaron en Paraguay en estos años eran

alemanes, de Renania, del Ruhr y de Silesia principalmente, zonas fronterizas en la transformación industrial del país, y llegaron con un *habitus* formado por la modernización a la cual se habían sometido esas zonas. En parte, se puede suponer, buscaron en América un espacio libre de los estragos de la modernidad, pero, paradójicamente, se convirtieron en portadores de las fuerzas, ideas, y actitudes de que huyeron. En el primer equipo que llegó había tres sacerdotes, destinados a las tareas espirituales, y cinco “hermanos religiosos”, destinados al trabajo manual. Los conflictos sociales no tardaron en estallar entre los unos y los otros, provocados sobre todo por el estilo despótico del superior de la misión, el padre Franz Müller. Tres hermanos se enfrentaron abiertamente a él y fueron despedidos o trasladados. Otros, más sumisos, pagaron el precio de su complacencia en forma de enfermedades sicosomáticas, crisis nerviosas o muertes tempranas. La misión tenía su mito de origen, ya que sus líderes la concibieron como una reedición de las reducciones jesuíticas del siglo XVII, tan importantes para la identidad paraguaya. Pero los mbyá-guaraní de Puerto Bogarín respondían, según las palabras del padre Müller, “con resistencia pasiva y todo tipo de obstáculos”, ya que “el desorden caracteriza la vida del indio en todo lo que hace, su ley suprema es el capricho del momento, la anarquía y el egoísmo patológico”. Los guaraníes, por su parte, vieron a los misioneros como “esclavos del reloj”, y uno de ellos declaró: “No necesito nada de vosotros. No quiero saber nada sobre el estilo de vida de vosotros. Debe ser bueno para vosotros, pero nosotros seguimos nuestros caminos. Dios os ha hecho a vosotros blancos y limpios y a nosotros morenos y sucios, de manera que vamos a vivir en la selva para siempre. No quiero ser educado, no necesito ni vuestras medi-

cinas, ni vuestro Dios ni vuestro bautismo. No quiero vivir aquí con vosotros. Nuestra vida no es asunto de vosotros”. Sin embargo, en sus cartas al obispo, al gobierno paraguayo y a los prospectivos donantes, el padre Müller presentó una imagen idealizada de sus éxitos, y logró que se abriera una segunda misión, en 1920, esta vez en el pueblo de Caruperá, entre los avá-guaraní, menos reticentes que los mbyá. Efectivamente, en el plano mundano, gracias a la aplicación, la disciplina y las habilidades técnicas de los hermanos religiosos, ambas misiones fueron todo un éxito, llegando a ser una especie de empresas agrícolas privadas de Müller. Fracasaron, sin embargo, en el plano espiritual. En quince años, sólo 50 indios se convirtieron (¿o sólo 12, según otra estadística?), y por fin el generalato en Steyl tomó la decisión de cerrar sus misiones paraguayas.

La segunda etapa de la SVD en Paraguay abarcó los años 1965-1975. La nueva *doxa* fue el “desarrollo”; el objetivo principal de la actividad misionera, inspirado por la encíclica *Populorum Progressio*, fue la “promoción humana”, y en consecuencia, en las nuevas misiones de Acaraymí y Kirito, se daba prioridad a proyectos “mundanos”: extracción de madera, producción de ladrillos y de esencia de menta, etc. La tercera etapa, 1975-2000, corresponde a la llegada de la posmodernidad, con la nueva *doxa* de la “cooperación-participación” y un nuevo *habitus* caracterizado por la flexibilidad en todos los sentidos. En 1971, en la “Declaración de Barbados”, los antropólogos reunidos en conferencia invitaron a los misioneros a “suspender cualquier actividad misionera” y dedicarse a tareas útiles: educación, salud, defensa de las tierras, etc. El indigenismo católico en Paraguay siguió este programa, y el grupo SVD que trabajó entre los avá-guaraní y los aché se esforzó por fomentar la autosuficiencia de los

indígenas, primero dando apoyo a una economía familiar de subsistencia, y después por medio de la creación de cooperativas. En vez de la “conversión” de los indígenas, se buscó (y se sigue buscando) el “diálogo interreligioso”. La mayoría de estos jóvenes misioneros son polacos; muchos son antropólogos; el autor del presente libro fue uno de ellos. Su estudio sobre el impacto de los discursos globalizadores en la ideología y práctica de una organización misionera católica es una contribución importante a la antropología religiosa.

*Günther Schmigalle*

**Mario Boero Vargas: *Recuerdos pendientes. Teología, sociedad y fe en la memoria cristiana de Chile*. Madrid: Arcos 2008. 147 páginas.**

A diferencia de otros casos nacionales, el rol que desempeñó la Iglesia católica chilena durante el régimen pinochetista proyecta una imagen de compromiso y defensa de los derechos humanos. Si bien el presente texto no viene a cuestionar esa interpretación, nos propone matizarla, reinterpretando sus acciones “samaritanas” a la luz de un arco más amplio de actitudes de la jerarquía. A partir del uso de memorias de actores católicos comprometidos con la transformación radical de la sociedad chilena de los años sesenta y setenta, el trabajo de Boero Vargas propone reconstruir las necesidades, aspiraciones y fracasos de Cristianos por el Socialismo, un sector postergado en las “memorias oficiales” del campo religioso chileno.

El texto se ha dividido en dos partes, claramente delimitadas. Casi podríamos hablar de dos libros unidos por un mismo

eje temático. En la primera, el análisis se centra en las memorias del sacerdote Francesc Puig, quien arribó a Chile desde Cataluña a principios de los años sesenta. En la correspondencia con su familia, Boero Vargas observa el progresivo pero constante compromiso social que el sacerdote adopta, a la luz del Concilio Vaticano (1962-1965) y luego, con la Conferencia de Medellín (1968). La mutación es también política. De expresar un caluroso anticomunismo, que se apoyaba en el desarrollismo progresista de la Democracia Cristiana de Frei, Puig poco a poco adopta posturas más radicales, hasta vincularse en forma completa con el proyecto de Allende y la Unidad Popular. El compromiso de Puig con el socialismo es directamente proporcional a su enajenamiento de la jerarquía, a la que ve a la retaguardia del proceso histórico, incapaz de comprender las mutaciones que vive Chile y el mundo, o peor, alineada con la derecha política y la alta burguesía. La llegada del golpe militar de Pinochet en 1973 significará la cárcel para Puig, y el abandono por parte de la jerarquía —en este caso del obispo pinochetista Emilio Tagle, de Valparaíso— que avalará su expulsión del país.

La segunda parte gira en torno al concepto de “martirio”. Tomando el caso de los sacerdotes Antonio Llidó, Joan Alsina y Miguel Woodward, asesinados y desaparecidos durante la dictadura, Boero Vargas se pregunta por las distintas “hermenéuticas martirologías” que utilizó la jerarquía católica chilena a la hora de repudiar el crimen de estos sacerdotes en contraposición con el padre André Jarlan, asesinado en 1984, cuando lo alcanzó una bala policial mientras leía la Biblia. En el caso del segundo, las autoridades eclesásticas destacaron su pasividad y entrega a Dios, cuando en el caso de los primeros, la categoría de mártir no fue empleada debi-

do a su alto compromiso político con Cristianos por el Socialismo. Unida a los conceptos de *mesianismo* y *redención*, el martirio es para Boero Vargas una categoría interpretativa válida para entender la trayectoria de los sacerdotes, en tanto su lectura de la fe —por la que murieron— se estrechaba a un concepto muy arraigado en los años setenta de justicia y redención social.

El uso de memorias y categorías provenientes de la teología aparece, a primera vista, como un obstáculo para el análisis historiográfico de este trabajo. Sin embargo, la habilidad y profundidad del análisis de Boero Vargas elude un uso dogmático de esas herramientas, brindándonos un cuadro que, más allá de acuerdos y desacuerdos, abre las puertas a una reflexión histórica sobre el pasado religioso chileno.

Este breve pero rico texto no cierra, a través de sus categorías, un profundo debate. Todo lo contrario, el uso metafórico de categorías bíblico-teológicas abre perspectivas de análisis muy profundas, que permiten comprender los usos y las representaciones que los actores empleaban a la hora de interpretar y proyectar su propio accionar. A su vez, en el uso de las memorias de Puig, Boero Vargas mantiene la distancia prudente que desliga al relato histórico de la hagiografía. Sería necesario discutir el abrupto corte que el autor, a través de los testimonios que analiza, plantea entre las ideologías de los sesenta y setenta. En muchos casos, detrás de una pátina latinoamericana, se vislumbra una tradición intelectual europea que simplemente se ha acriollado.

Fuera de estas observaciones, necesarias para enriquecer el debate sobre el catolicismo latinoamericano de la segunda posguerra, estamos frente a un trabajo que pone de relieve, entre otros aportes, la necesidad de construir análisis que nos permitan ver las discontinuidades y los

límites de las miradas homogeneizadoras sobre el comportamiento eclesial y del campo católico, un mundo complejo e intrincado, reacio a ser atado a categorías en exceso simplificadoras.

*José A. Zanca*

**Christian Haüßer: *Auf dem Weg der Zivilisation. Geschichte und Konzepte gesellschaftlicher Entwicklung in Brasilien (1808-1871)*. Stuttgart: Steiner 2009. 349 páginas.**

En un principio, la idea de detectar el desarrollo y el uso del concepto de “civilización” en el Brasil de la primera mitad del siglo XIX resulta interesante, ya que por lo general se ha relacionado la puesta en práctica de la “civilización” con épocas posteriores. Así, gran parte de los estudios sobre el concepto se inicia con el escrito emblemático de Domingo F. Sarmiento sobre *Civilización y barbarie* (1845), cuyas consecuencias más nefastas se hicieron sentir en Argentina con el casi completo aniquilamiento de la población indígena “salvaje” durante la mal llamada “campana del desierto”.

En el caso del Brasil, el concepto ha sido ampliamente discutido por los historiadores en relación con los diferentes programas de desarrollo nacional que tuvieron su auge después de la victoriosa guerra de la Triple Alianza contra Paraguay (1870), es decir, durante la última fase del gobierno del emperador Dom Pedro II, y sobre todo desde la instauración de la llamada República Vieja (1889-1930), cuyos oligarcas se dedicaban explícitamente a imponer *ordem e progresso*. En este sentido, lo planteado por Haüßer, o sea, mostrar la existencia y aplicación del concepto desde inicios del siglo, es

algo realmente nuevo. Además, como el autor advierte al inicio de su estudio, no se trataría de una historia de las ideas “clásicas”, de las cuales ya se han escrito tantas en América Latina durante las últimas décadas. Al contrario, promete evitar el aislamiento artificial de unos conceptos abstractos, tan característico para la historia de las ideas tradicionales, y propone un camino intermedio entre la contextualización sociopolítica y el desarrollo intelectual del concepto.

Considerando los permanentes ataques en contra de la historia de las ideas en los últimos años, y en especial en contra de su corriente alemana de la *Begriffsgeschichte* à la Koselleck, lo planteado por el autor en la introducción es casi una necesidad a la altura del discurso académico. Sin embargo, tomando como medida las propias exigencias de Haußer, se observan ciertas deficiencias metodológicas. Por un lado, se describe con nitidez la transformación del concepto de “civilización” desde la época colonial hasta los años sesenta y setenta del siglo XIX, el cual pasa de una idea más bien vaga de “educar a los indios salvajes” a un concepto de desarrollo nacional integral que apunta hacia el futuro e incluiría esferas como la economía, la cultura o la “raza”. En este sentido, se puede ver con claridad cómo el concepto obtuvo su forma definitiva mucho antes de la segunda mitad del siglo XIX. Por otro lado, las fuentes usadas por el autor no se diferencian en nada de las que habrían formado la base de una historia de las ideas más tradicional. En vez de recurrir, por ejemplo, a la prensa o a los debates parlamentarios, Haußer se basa principalmente en la amplia historiografía del siglo XIX. Esto se justifica en parte por el pequeño círculo de posibles receptores del relato de la “civilización” que habría podido existir en aquel entonces, y lo cierto es que la “opinión pública” se reducía a

unas élites bien limitadas en las ciudades grandes. Para mostrar el uso político y social de la “civilización”, sin embargo, habría sido necesario ampliar la base de fuentes incluyendo no sólo la prensa, sino también fuentes iconográficas, seriadas y en general más contextuales, si las hay. Aunque de vez en cuando Haußer se apoya en cartas o documentos legales para insinuar las implicaciones prácticas de la “civilización”, no logra despegarse de lo que los numerosos críticos de la historia de las ideas han denominado una “caminata por las cimas intelectuales”. El trabajo de contextualizar el desarrollo de la “civilización” a la manera de una historia socio-cultural más amplia queda, pues, por hacer. Aun así, *Auf dem Weg der Zivilisation* representa un valioso trabajo pionero.

Sven Schuster

**Margrit Prussat: *Bilder der Sklaverei. Fotografien der afrikanischen Diaspora in Brasilien, 1860-1920*. Berlin: Reimer Verlag 2008. 247 páginas.**

Si bien en años recientes el tema de la diáspora africana en las Américas y el uso de las imágenes como fuente primaria han despertado un creciente interés por parte de los historiadores y antropólogos en sus investigaciones, hasta la fecha rara vez se ha establecido una relación entre el enfoque temático y el metodológico. En el presente libro, basado en su investigación sobre la iconografía de la esclavitud en Brasil, Margrit Prussat nos presenta dicha relación. Su material de investigación consiste en fotografías de africanos de los años 1840-1920, aunque la gran mayoría de ellas proviene de la época 1860-1890. Según la autora, sólo en muy pocas foto-

grafías es posible distinguir si las personas retratadas eran esclavos o libres. Prussat interpreta las imágenes, por un lado, como la expresión de representaciones mentales, y, por otro, como artefactos visuales. Resulta sorprendente que muchas fotografías fueran tomadas en estudios fotográficos, pues ello hace que contrasten con el estatus del esclavo que se asociaba invariablemente con todos los afrobrasileños en el siglo XIX. Cabe observar aquí que las fotos no se tomaban, por lo general, por encargo del retratado, sino que el fotógrafo las tomaba con otro fin, por ejemplo, como recuerdo para viajeros europeos.

Tras una introducción al método de análisis de la imagen y una sinopsis de la historia de la esclavitud en Brasil, Prussat examina las representaciones de algunos fotógrafos por separado. Con frecuencia éstos tomaban las fotografías de los afrobrasileños siguiendo las tendencias culturales y visuales europeas, pues en mayor medida solían venderlas a los viajeros europeos. Por este motivo, a menudo, las tomas de estudio resultaban muy parecidas, mostrando a las personas como vendedores ambulantes o en otros escenarios laborales. La competencia desatada entre los fotógrafos por atraer a los clientes contribuyó a que hubiera una creciente semejanza entre los contenidos de las imágenes y de las escenificaciones, tendencia que a su vez ocasionó que se produjera una estandarización de la estética de la imagen. Más allá de la venta directa en los estudios, las fotos se difundían también por medio de casas editoriales, en la prensa y como tarjetas postales. Además existía el intercambio de imágenes entre particulares. En el siglo XIX, las fotografías tuvieron una alta valoración social y llegaron a sustituir, al menos en parte, a la pintura artística. Era posible tener gran cantidad de ellas, de modo que en las casas de los burgueses se solían exhibir

álbumes o colecciones privadas para mostrar a las visitas. Las fotografías de afrobrasileños y blancos brindaban la oportunidad de comunicar el estatus social de sus propietarios y de darle mayor relieve. Con ello cumplían una función diferente para las élites brasileñas que para los viajeros europeos, quienes apreciaban ante todo el aspecto exótico de dichas imágenes. Cabe mencionar que Prussat analiza a fondo también los distintos géneros literarios (desde crónicas de viaje hasta reportes científicos) que incluyeron imágenes de los esclavos o afrobrasileños. Finalmente, las fotografías se mostraban asimismo al público por medio de exposiciones públicas y servían de material para presentar lo más destacado del país en, por ejemplo, las exposiciones mundiales.

En el siglo XIX y a principios del XX, las fotografías de la diáspora africana constituyeron un elemento habitual del conjunto de imágenes que solía circular dentro y fuera de Brasil. Por lo general, éstas se empleaban en la construcción de la imagen del otro y rara vez comunicaban la imagen (o algún aspecto de ella) de la persona retratada. Los principales lugares de difusión de las imágenes no eran las publicaciones científicas, sino las que se vendían para el público en general. Debido a la temática recurrente y a las particularidades de la fotografía como medio hubo una transformación de los retratos de los africanos, en los que ya no estaba en primer plano el individuo como tal sino el papel social desempeñado por él. Por lo común, hombres y mujeres aparecían en su situación laboral, con lo que se lograba un deslinde social de los espectadores blancos. Esto nos permite observar cómo las fotografías, consideradas representaciones confiables de la realidad, desplegaban su potencial particular.

En su conjunto, el presente estudio constituye un trabajo fundamentado en una

argumentación matizada, por lo que resulta una muy bienvenida aportación a la investigación sobre la iconografía de la diáspora africana en Brasil. La autora organiza su material con maestría y pasa revista a una amplia gama de los usos de las fotografías analizadas. En la contextualización histórica logra poner de manifiesto de qué manera el medio fotográfico, precisamente a partir del mito de la autenticidad, pudo servir a la construcción cultural del imaginario social. Esta obra será de gran provecho para toda persona interesada en la fotografía y en su significado para la investigación histórica. Abre caminos, además, para que fuentes primarias comparables se incluyan a la investigación sobre América Latina. Para finalizar, este estudio posee una faceta que permite apreciar las relaciones transnacionales entre Brasil y otras partes del mundo, dado que analiza a conciencia el uso de las imágenes por parte de los viajeros y en las exposiciones internacionales.

*Silke Hensel*

**Peter Birle/Sérgio Costa/Horst Nitschack (eds.): *Brazil and the Americas. Convergences and Perspectives*. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana /Vervuert (Bibliotheca Ibero-Americana, 120) 2008. 237 páginas.**

O livro reúne as apresentações de um seminário interdisciplinar que teve o objetivo de lançar um olhar dual, tanto de fora como de dentro do Brasil, à sociedade brasileira no processo de sua integração global, analisando as relações entre o Brasil e o mundo e o entrelaçamento de processos locais, regionais e globais.

Jorge Larraín assume uma perspectiva histórica para tratar das novas formas de inserção de América Latina e do Brasil no

mundo “pós-nacional”, explicando a situação presente como interação entre processos culturais, políticos e econômicos iniciados no século XVI, e os resultados da globalização, as políticas neoliberais iniciadas nos anos 80 e a crise econômica a partir de 2000.

Na sua defesa de uma agenda pós-imperialista, Gustavo Lins Ribeiro enfatiza que nela não pode mais haver lugar nem para nativismos nem para nacionalismos excludentes, mas que é necessária a aceitação do hibridismo como força política. Assim, intelectuais e ativistas devem promover coalizões plurais, descentradas e democráticas com programas universalistas.

Jean Daudelin estuda movimentos recentes da diplomacia brasileira que levaram ao crescimento expressivo da importância do Brasil na arena internacional, e critica o oportunismo da nova política externa brasileira com relação a regras internacionais, que são aproveitadas quando adequadas aos próprios interesses, e, caso contrário, contestadas, se não violadas.

O artigo de Marcos Antonio Macedo Cintra trata do desenvolvimento da economia brasileira entre 1999 e 2004, período marcado pela sua completa inserção no contexto da acumulação global. Sustenta que as políticas monetárias e fiscais que possibilitaram a mobilidade livre do capital obstruem um crescimento sustentável, não conseguindo levar ao necessário desenvolvimento social e econômico na forma de expansão do emprego, aumento dos salários e distribuição mais justa de rendimentos.

Alberto Olvera mostra como as sociedades civis da América Latina contribuem efetivamente para o aprofundamento da democracia na região. Aponta para a coexistência, nos estados, de autênticas democratizações da vida pública com as piores ficções autoritárias, o que, visto

positivamente, é também sinal de que o discurso sobre direitos, cidadania e participação está hoje firmemente estabelecido no horizonte normativo da vida pública na América Latina.

Tratando dos paradoxos da expansão de práticas feministas no Brasil, Bila Sorj e Aparecida Fonseca Moraes analisam como a agenda feminista inspirada em valores individualistas, igualitários e universalistas, é apropriada e transformada a nível local, se distanciando às vezes da sua intenção original.

Patrícia Pinho examina o lugar do Brasil no mapa da africanidade, olhando de perto para as contradições inerentes ao turismo dos *African Americans* no nordeste do Brasil. Este confirmaria a hierarquia existente no *Black Atlantic*, mas a exportação, por parte das comunidades negras do sul, das suas próprias definições de negritude, também mostraria que a comunicação internacional pode tomar outras direções, pelo que as culturas negras se criariam através de dinâmicos fluxos globais de intercâmbio.

Com o objetivo de esclarecer a relação entre migração, religião e transnacionalidade, Marjo de Theije estuda a situação religiosa dos emigrantes brasileiros no Suriname e infere que embora estes estejam construindo uma identidade transmigratória, não se pode falar em religião transnacional por não existirem conexões entre comunidades religiosas surinamenses e brasileiras.

Heloísa Buarque de Hollanda está interessada nas novas criações culturais emergentes das periferias, e nas conexões, apropriações e debates gerados entre estas e as culturas da elite. Principalmente no hip-hop, com sua tematização da exclusão social, ela re-encontra os seus mais persistentes objetos de estudo: a articulação entre cultura e política e a criação de meios alternativos de produção cultural.

A representação da favela ao longo da sua história, da imagem do avesso da ordem e emblema utópico tropicalista à atual ocupação de território virtual, na internet, por parte das comunidades faveladas elas mesmas, é estudada por Olívia Maria Gomes da Cunha.

Esther Hamburger centra as suas reflexões no filme *Ônibus 174* como exemplo das relações entre violência e cultura na nova produção áudio-visual brasileira, marcadas pela manipulação de comportamento por parte dos meios de comunicação e a sua justificação de atos violentos com a ausência de dignidade social.

Finalmente Robert Stam explora o tratamento da história transnacional e multicultural por parte dos artistas tropicalistas Caetano Veloso e Gilberto Gil como exemplo de atuação política dentro da cultura popular. Também mostra como a celebração da mistura e a persistência de mecanismos simbólicos de violência racial combinam em proporções iguais na formação do multiculturalismo brasileiro.

*Mechthild Blumberg*